

# Las parejas del diluvio

Rafael Zequeira

LA APARICIÓN DE INMACULADA FUE TAN ABSURDA QUE RESULTÓ LUMINOSA. Una mujer tan alta y tan blanca, vestida con tanta corrección y buen gusto y con una expresión tan aturdida en sus movimientos y en su mirada, cayó en la terminal de trenes de Camagüey como cae un cuerpo celeste con resplandor propio en medio de una habitación trastornada y oscura. Nadie dudaba que venía de otro mundo. Tampoco ella tenía dudas de que se encontraba en otro mundo. Pero no sintió miedo. A pesar de que en otros países, incluidos Colombia, Haití o Filipinas, había sido cuando más una extranjera y aquí era un milagro.

Rina Lázara la vio abrirse paso entre la gente con aquel desplazamiento de oca atolondrada y creyó estar padeciendo de visiones sobrenaturales a causa del calor excesivo y las muchas horas de espera sin haber ingerido alimento alguno. Vio la tropa de niños zarapastrosos que con zumbido de mosquero se aproximaba a la señora elegante y decidió que tenía que beber algo fresco y masticar algo sólido urgentemente, antes de columbrar desatinos aún mayores. Había casi cuarenta grados a la sombra, tenía sed y le dolía el estómago, pero eso no explicaba que una mujer con olor a perfumes superiores y ataviada con ropas de marcas que sólo había visto en alguna revista mano-seada, hubiera venido a parar a este lugar. Miró a Mioxidays y le preguntó qué carajo pintaba aquí esta mujer, mi niña. Pero Mioxidays solamente tenía dos años de edad y la incertidumbre de sus ojos era tan disparatada como su nombre, tan inverosímil como la aparición misma de Inmaculada y tan dislocada como ese viaje que la obligaban a hacer en un tren patético para buscar la protección de un padre más patético todavía.

Veinticuatro horas después, mientras Inmaculada se bebía un *Ballantine's* con hielo en la estación de Chamartín en espera de la salida de su tren a Santander, su sonrisa vagarosa se perdía en el vaso ancho con whisky y en el espacio amplio, ordenado, pulcro, funcional. En la otra estación sólo había visto caos, muchedumbre, niñas, desolación; sólo había olido tufos hediondos y escuchado obscenidades; allí, centenares de personas de todos los sexos, razas, edades, opiniones políticas y preferencias religiosas, llevaban tres o cuatro días, quizá más, esperando algún tren hacia algún destino. Dormían

sobre periódicos los que habían tenido la suerte de conseguir un periódico; otros lo hacían directamente sobre el polvo y los escupitajos y hasta sobre los excrementos de los perros sarnosos. Una mujer se limpiaba con un trapo sucio unos pezones que parecían morcillas; después metía uno de aquellos pedúnculos untuosos en la boca de un niño con cara de almiquí y espantaba las moscas y las guasasas a trapazos. Varios vendedores clandestinos le jugaban cabeza a la policía para ofrecer alimentos inmundos: refrescos caseros de colores equívocos envasados en viejas botellas mugrientas, croquetas que ni el diablo sabría su composición metidas en panes de origen dudoso. Sin embargo, ella había sido informada de que si era extranjera y pagaba en dólares, siempre encontraría asiento disponible en el tren y podría comerse algo decente, por Dios, qué abuso, pero la injusticia no la inventé yo. Era, es decir, había sido, una mujer de izquierda, pero ahora estaba confundida y no sabía qué era. Bebió un sorbo de whisky y recordó las palabras de Pablo: «una persona de izquierda, lo mismo que una de derecha, es alguien que padece de hemiplejía, uno a quien solamente le funciona una mitad, ¿o no?» Le reprochaba a Pablo que dijera esas cosas, pero, era tan gratificante en la cama: toro y torero a la vez. Y por favor, vosotros, disculpadme por ser extranjera y tener dólares, pero para mí mi trabajo es lo más importante y no me queda más remedio que hacer lo que sea con tal de no perder mañana el avión a Madrid; además, en España me espera Pablo y estoy loca por verlo, abrazarlo, echar con él un buen polvo largo y desintoxicante, y después contarle de Cuba; tengo tanto que contarle.

Cuando terminó con el whisky, empezó a chupar los cubos de hielo como si fueran esos artilugios informáticos que contienen palabras ya pronunciadas, imágenes de escenas ya vividas: un negrito de pelambre bermeja y áspera, integrante de la tropa que se le viene encima, se atreve a poner una de sus manos pringosas sobre su saya de Armani color ciruela. El linaje mujeril pudo más que el susto y que la solidaridad con los pobres del mundo. Ver aquella saya costosa y que le dibujaba tan bien los contornos de muslos y caderas (la llevaba puesta el día que había conquistado a Pablo) convertida repentinamente en trapo de espantar moscas y guasasas, la hace perder la serenidad y gritar, casi aullar con el más puro acento madrileño pero qué cojones os pasa, chavales, es que os habéis vuelto todos locos en este jodido país, o qué. Pero a pesar de la indignación, sentimiento siempre impreciso y polivalente, el grito le salió algo desgarrado, más de defensa que de ataque, además de que, como el acento castizo siempre ha resultado, entre cubanos, de una comicidad cismática que se remonta a los tiempos del teatro Villanueva, todos los que la oyeron se rieron como si estuvieran presenciando un viejo sainete vernáculo. Fue entonces que Rina Lázara no tuvo dudas de que su santo patrono, el viejo de las muletas, las llagas y los perros, estaba de su parte una vez más; le prometió al santo rezarle de rodillas una vela entera, grande y gorda, no una velita de cumpleaños, y acudió resueltamente en socorro de la señora asediada.

El hielo se derretía ya casi totalmente en la boca de Inmaculada, pero aún podía reproducir la imagen de sí misma, perpleja, sin saber bien qué estaba

pasando. Escucha a la mulata de voz chillona y culo glorioso proferir una retahíla de palabras soeces cuyo significado sólo comprende porque van apoyadas por gestos de una sexualidad tan definitiva y beligerante que espantan a los niños mendigos como si también ellos fueran moscas o guasasas. La ve vestida con una camiseta tan minúscula y raída que hace más desafiante y rotundo su pecho y con unos shorts desflecados que alguna vez fueron un jean y que ahora dejan al descubierto parte de sus nalgas; la ve calzada con unas sandalias hechas con recortes de cuero y correas de máquina de coser que dejan descubiertos unos pies grandes pero de dedos bien formados y terminados en unas uñas largas y pintadas de un rojo casi negro; se ve a sí misma arrastrada, junto con Mioxidays, virgen santa, de dónde habrá sacado ese nombre, hasta una casa próxima en la que, le explica Rina Lázara, vive un amigo mío artesano que hace unas figuras lindísimas. En la casa del artesano le ofrecen un asiento desfondado, y usted perdone, señora, pero es el único que hay, y un vaso de limonada que le devuelve el aliento suficiente para explicar que por un descuido de ella, por empeñarse en tener una entrevista de trabajo con un obispo que no quería saber nada de entrevistas, había perdido el avión a La Habana esta mañana.

Mioxidays, sentada en las rodillas de su madre, había empezado a inquietarse y a querer agarrar, posiblemente para comérsela, una figurilla de escayola de San Judas Tadeo, santo patrono de las causas imposibles, imágenes que, aseguró el menestral, tenían tanta demanda últimamente que era milagroso que quedara una. Rina Lázara le dio un manotazo a la niña, para que no sigas molestando y dejes al puñetero santo en paz, que no es un helado, y le dijo a Inmaculada que era increíble que alguien viniera de España hasta aquí para tener que montarse en ese tren gallego al que nosotros le decimos «el ortopédico». Y no me venga otra vez con el cuento ese de lo especiales y maravillosos que somos Cuba y los cubanos para los españoles, que con eso me durmió el padre de la malcriada niña esta; ¿qué se creen ustedes?, ¿que Cuba es una pajarera? Hasta me alegro un poco de que tenga que irse en ese tren, para que llegue sin cuello, sin culo y sin alma a La Habana, porque dicen que era un trasto viejo que iban a tirar a la basura, una porquería de cuando no sé qué guerra, y entonces se les ocurrió ser generosos y nos lo regalaron. Ojalá y usted sea una gallega diferente.

No, no, por Dios, ella era madrileña y ahora vivía eventualmente en Santander por motivos sentimentales y de trabajo. Además, estaba sorprendida porque siempre había oído decir que en Cuba había existido el ferrocarril antes que en España.

La posibilidad de beberse un segundo whisky en menos de veinte minutos la hizo pensar en Pablo y en el significado del tiempo. Ya no era joven y no había tenido hijos. Trabajaba bien pero no era brillante. Pablo le gustaba pero no le importaba demasiado y sospechaba que no iba a resultar una pareja duradera. El viaje a Cuba había sido algo mucho más grave que una decepción y no quería mentirse a sí misma en este sentido, como hacía la mayoría. No, no iba a pedir un segundo trago ni le iba a dar cabida a reflexiones sombrías. Tal

vez el síndrome de la biografía secuestrada se transmitía por un virus endémico de la isla caribeña y ella había sido infectada en su peregrinación imprudente y romántica, joder. Sin embargo, sólo faltaba un cuarto de hora para que saliera el Talgo a Santander y poco tiempo después la vida volvería a ser como siempre, a pesar de que hasta ayer (tarareó mentalmente *Yesterday* y recordó algunas locuras juveniles como aquella de convencerse a sí misma de que los Beatles eran una continuación histórica de Lenin por aquello del ¿qué hacer? y el *What can I do?*) había estado, durante treinta días, en un lugar que ahora tenía el capricho de definir como «el paisaje del deslinde», quizá porque había comprobado que, de alguna manera, en la otrora siempre fiel isla de Cuba se hacía tangible el desvarío del tiempo detenido, algo así como la convergencia caótica de todos los pasados y la ausencia de futuro. Y para colmo, en medio de aquella estación de trenes con aspecto de festejo saturnal y después a bordo de un coche de la época del diluvio, tuvo que tocarle precisamente a ella perfeccionar el incompleto proyecto bíblico de las parejas que habrían de tener acceso al arca salvadora ante la proximidad de un cataclismo punitivo e inevitable.

Hacía ya rato que no le quedaba nada de hielo en la boca, pero Inmaculada continuaba en la casa del artesano que hacía en yeso figuras de santos y vírgenes. Le dijo a Rina Lázara que estaba dispuesta a pagar en dólares su boleto y el de la niña, para que al menos ellas dos no tuvieran que continuar en aquel infierno; si pudiera, pagaría el de todos los que estaban allá afuera, y añadió, machacona, que ella era madrileña pero que Franco sí era gallego, igual que el padre de ese señor que os gobierna desde hace tantos años. Y ojalá no se le ocurra regresar a España como emigrado retornado, porque al menos nuestros trenes funcionan bien.

El artesano, cuya homosexualidad sólo era evidente cuando hablaba, dejó de pintar de amarillo la túnica envarada de una virgen de la Caridad del Cobre para decir que a él no le molestaba en lo absoluto que estuvieran en su casa, más bien era un honor, pero que si de verdad querían irse en ese tren que fueran moviendo el culo. Por otra parte, le dijo a Inmaculada, a usted, señora, no se le ocurrirá pagarle a ese cabrón los dólares que pide por viajar en ese potro de torturas, inmundo por demás, y que para colmo es hasta más de usted que de él, así que si no tiene inconveniente, yo le puedo conseguir esos boletos por mucho menos de la mitad de los dólares que le quieren cobrar, y no gano ni un centavo en el asunto; ahora, que si usted desea tener un gesto amable, una atención o lo que sea, puede comprar alguna de estas figuras y llevársela como amuleto y recuerdo.

Cómodamente instalada en su asiento de primera, refrigerada y distendida, Inmaculada contempla con cierto aburrimiento el paisaje cantábrico. La naturaleza le produce tedio; solamente la emociona el misterio de los paisajes urbanos, los edificios, las casas, los monumentos, las iglesias, sobre todo las iglesias. Por eso la entrada sorpresiva en un túnel consigue animarla. Los túneles le producen cierto alborozo infantil. Entrar en un túnel es como volver a ser niña y jugar. El artesano también jugaba con los colores y con el yeso que le compraba en la bolsa negra a un técnico en prótesis dentales.

Decía que en tiempos de tanta miseria, los santos eran más útiles que los dientes. A instancias de Rina Lázara, ella había terminado comprándole una figura de Babalú Ayé, con perros y todo. Pensaba tirar la figura milagrosa a la basura en cuanto llegara a su casa. Era espantosa. La había comprado sólo por gratitud, porque el precio de los billetes de tren conseguidos por el hombre era risible. Incluso tuvo el gesto de insistir para que aceptara veinte dólares de regalo; son nada más que tres mil pesetas, le dijo. Serán tres mil pesetas en España, respondió Rina Lázara, y yo no sé si eso, allá, es mucho o poco dinero, pero son quinientos pesos en Cuba, el salario de dos meses de cualquiera que gane un buen salario en este país. Dios mío, Dios mío, no lo puedo creer. Pues créalo.

En el coche bar del Talgo iba a pedir otro *Ballantine's* con hielo, pero optó por algo más puro y pidió un *Cardhu* como homenaje sentimental y ritual, como ofrenda a la iniciación y al desengaño. En Cuba, a bordo de un endemoniado coche de tren, había descubierto, en muy poco tiempo, lo que no descubrió en casi treinta años de militancia política, en dos matrimonios de tres años de duración uno y doce el otro, y en una relación de amante de poco más de diez meses.

Todo sucedió de modo accidental, a pesar de que ella misma afirmaba que la genealogía de los accidentes era sospechosa. Poco después de iniciarse el viaje a La Habana, sentada una al lado de la otra en aquel coche tan oscuro que no se veían sus rostros, ya había entre ella y Rina Lázara tantas afinidades, divergencias, sustos y asombros, que se sentían como esposas en viaje de bodas. La niña, mientras tanto, dormía en el asiento vecino, completo para ella sola. Inmaculada no entendía cómo era posible que la gente durmiera noches enteras en las terminales y el tren viajara con asientos vacíos. Nadie lo entiende, nadie entiende a este país, ni nosotros mismos lo entendemos, dijo Rina Lázara y se lamentó de la mancha de grasa o de vaya usted a saber qué mierda que la mano del negrito de las pasas coloradas había dejado en la saya de Inmaculada. Inspeccionaba la mancha a la luz de un fósforo que había encendido para fumarse un cigarro. Déjeme que trate de limpiarla con una toallita de la niña. Inmaculada iba a negarse, pero no tuvo tiempo porque ya Rina Lázara le estaba frotando sobre el muslo con la toallita húmeda. Enérgicamente primero, con suavidad y ritmo después. Encendió otro fósforo para ver el resultado de su labor y aseguró que tenía que meter la otra mano por dentro, para frotar mejor, y usted perdone, señora, con su permiso. Inmaculada sólo alcanzó a protestar sin mucha convicción: pero qué es esto, niña, no sigas, tú estás un poco loca, no sigas. Primero había sido el dorso de la mano el que había hecho contacto con la piel sudada del muslo, pero enseguida, con la rapidez de las decisiones inexplicables, fue la palma áspera la que se lanzó decidida hacia la cadera, el vientre, la entrepierna. Fue como un vértigo irresponsable y fundacional. A causa de la oscuridad, Rina Lázara no podía ver la risita nerviosa de Inmaculada cuando forcejeaba, o fingía que forcejeaba con ella en un intento por sacarle la mano de aquellas regiones teológicas. Tampoco Inmaculada podía ver los labios crispados y pendencieros de

Rina Lázara. No se veían, pero se oían y se tocaban. Los dedos bastos se aventuraron bajo las bragas con el impulso irresponsable de un poeta adolescente y palparon con una mezcla de impericia y maña los espacios más vegetales y umbríos en busca de la lengüecilla del convite forzado. Inmaculada parecía un disco rayado y no cesaba de repetir aquello de pero qué estás haciendo, niña, tú tienes que haberte vuelto loca, deja ya eso y no sigas más, por Dios, por Dios, nadie en este jodido país está cuerdo, nadie está en su sano juicio. Y más bajo, con la boca junto al oído de Rina Lázara, dijo no, coño, allí no, que allí me gusta mucho. Y abrió las piernas para facilitar la maniobra antes de lanzar sus propias manos olorosas y tratadas con buenas cremas hacia su propia aventura del tacto. Exploró bajo la camiseta de Rina Lázara y descubrió unos pechos de superficie algo áspera pero de una firmeza que nunca hubiera imaginado siquiera en una mujer muy joven que nunca hubiera parido. Ella misma, a los dieciocho años, no había tenido un pecho así, y actualmente eran dos globos desinflados si los comparaba con aquel granito conoidal, a pesar de que Pablo llevaba ya casi un año elogiando a todas horas su torso desnudo. No, lo mejor era no contarle jamás a Pablo este episodio absurdo. Jamás le hablaría de cómo levantó la camiseta de Rina Lázara hasta casi quitársela por completo y empezó a besar y a mordisquear unos pezones que imaginó de un color marrón oscuro. No le contaría cómo tuvo que morderse los labios para contener la gritería satisfecha que exigía ser liberada. No iba a referirle su asombro ante la perfección de un orgasmo cronométricamente compartido. Entendía el suyo, porque siempre, desde la primera vez, había sido una mujer de orgasmos fáciles; sus padres, católicos, habían tenido el buen gusto y el acierto de no educarla en las rigideces de una religiosidad mal concebida, pero no entendía que aquella mulata joven, a la que no se había atrevido a tocar de la cintura para abajo, le hubiera dicho en un susurro que nunca antes había sentido tanto ni había sido tan feliz, y hubiera alcanzado el clímax junto con ella. Pablo nunca conocería cómo fueron aquellos espasmos tan plenamente compartidos. No se enteraría de que, cuando por fin pudo hablar, se acordó de él con un cariño que la conmovió hasta los huesos y sólo atinó a decir que era la primera vez en su vida que la tocaba una mujer, y que yo la toco a ella, dijo; es más, estaba segura de que eso a mí no me sucedería nunca, porque no me gusta. Pero te gustó, respondió Rina Lázara, todavía con las tetas al aire y todo el cuerpo tembloroso, no me digas que no te gustó, porque yo sentí que te gustaba; además, tampoco yo había retozado nunca con otra mujer, pero tenía ganas de probarlo para saber qué tal era, y también me gustó, pero me gusta más, mucho más, con los hombres, aunque con Mimimí me gustaba menos, y eso que él olía igual que tú.

Le explicó que Mimimí era como llamaba al padre de Mioxidays, porque su nombre y sus dos apellidos empezaban con la sílaba mi. Iba a La Habana con la niña para presentarse en el consulado español y armar allí un escándalo que iba a oírse en Orense, para que lo localizaran, al muy hijo de puta, y lo obligaran a pasarle una pensión a su hija. Inmaculada se brindó para tratar de localizar a Mimimí en España; sólo tenía que darle el teléfono, la dirección, el

fax, lo que fuera; ella lo localizaría y conversaría con él, le explicaría la situación. Rina Lázara no tenía nada de eso. Sólo sabía que había venido como gerente de un hotel en la playa Santa Lucía, donde ella había trabajado de camarera, a pesar de que era ingeniera, bueno, ingeniera agropecuaria, un invento, una carrera que ni existe ni a nadie le importa. ¿No había estado Inmaculada en Santa Lucía?, todos los turistas que andan por aquí van a Santa Lucía y meten allí unas pachangas tremendas. No, no era una turista en busca de playas tropicales y de cachondeo, dijo. Lo de ella era visitar iglesias por todo el mundo, no porque fuera demasiado católica ni demasiado virgen, aunque alguna que otra vez iba a misa, pero era arquitecta y últimamente se había fascinado con el barroco hispanoamericano. Una belleza. Un misterio. Una fuerza. Cosa de jesuitas. Dentro de seis meses se iba al Brasil y al Paraguay a rastrear huellas. Quería escribir un libro sobre el tema. ¿Y qué había venido a hacer a Camagüey, entonces? Le habían asegurado que en esa ciudad existía la única muestra de barroco jesuítico en el interior de la isla. Rina Lázara no sabía nada de eso; ¿era cierto? Sí, sí, aunque solamente había encontrado una ruina, una fachada de doble campanario tras la cual se encontraba uno en un desierto habitado sólo por varias familias de lagartos. Sobrecogedor. Una pena. Pero sigue hablándome de Mimimí, y perdona que te haya interrumpido.

No quería seguir hablando de Mimimí. ¿Para qué? Lo único que quería era que en el consulado lo localizaran para que le enviara dinero a Mioxidays, que para algo era su padre. La había reconocido y llevaba su apellido, aunque se había encabronado mucho cuando supo el nombre que ella le había puesto. Dijo que una chica con semejante nombre no sería jamás hija suya. Quería que se llamara Sagrario, como su madre. Coño, en Cuba ya nadie se llama así, que para algo hemos hecho una revolución, aunque no haya sido nada más que para cambiarle el nombre a todo, incluso a la gente. Además, no habían estado casados, pero si los del consulado lo necesitaban, ella tenía testigos de su relación con ese señor del que sólo sabía su nombre, sus apellidos y que vivía en Orense. Otro gallego, joder, gallego de verdad, de Galicia, dijo Inmaculada y aseguró que le gustaba mucho la catedral de Orense. Una obra de arte que no tiene comparación.

El sabor del whisky de malta tenía para ella algo de sacramental. Lo bebió muy espacio, como si estuviera tomando la comunión en la vieja catedral, cosa que en los últimos treinta años no había vuelto a hacer. Creía recordar que su última comunión la había tomado poco después de cumplir los veinte, cuando se casó por primera vez con aquel loco que sólo hablaba de las excelencias de la revolución cubana, de justicia social, de derechas y de izquierdas, del Che Guevara, y que la abandonó a los tres años de matrimonio para casarse con una millonaria belga. Y qué edad tendría Rina Lázara. Tal vez veinticinco años; tal vez dos o tres más. Levantó el vaso y jugó a mirar la cara del camarero a través del líquido ambarino; quizá se hacía la idea de que estaba pintando de amarillo la túnica de una virgen de escayola, mestiza y un poco loca, como todo lo que tenía relación con aquella isla, la última de las colonias españolas,

donde también había conocido a poetas exquisitos, a pintores que sabían muy bien lo que hacían, a un borracho de esquina que recitaba de memoria a Rilke y a Eliot, y hasta a un viejo profesor de Instituto que no tomaba ron ni café, no fumaba, escuchaba a Wagner en un tocadiscos viejo y destartalado y aseguraba que nunca, en sus setenta y largos años de vida, había bailado ni tenido relaciones de sexo con mujer, hombre o animal alguno.

El Talgo estaba entrando en Santander, donde la esperaba Pablo para una larga y placentera sesión de ducha y alcoba. Allí la esperaba también su trabajo, su vida. Se sentía satisfecha de viajar en un tren cuerdo y no en aquel otro que parecía atravesar el Antiguo Testamento en una delirante búsqueda de culpas y castigos. Despertó del otro lado del vaso de whisky y ya no estaba allí el camarero con cara de virgen bastarda, sino ella misma, sorprendida de que Rina Lázara no estuviera a su lado ni la niña de nombre impronunciable y al parecer revolucionario en el asiento vecino. Oyó decir que estaban ya muy cerca de La Habana, en un pueblo que tal vez se llamara Penco. Tampoco estaba su maleta a sus pies. Por suerte sí conservaba su bolso de mano, apretado por casualidad entre su cuerpo y la pared lateral del coche. Allí llevaba la cartera con el dinero y todos sus documentos, incluido el billete de Iberia. Afortunadamente, ya sabía que la indignación era un sentimiento impreciso y de valores múltiples y ni siquiera tuvo la ocurrencia de denunciar el robo de su equipaje. No valía la pena. Cuando se sale de ciertos lugares, no es cosa de lamentarse y ponerse a dar gritos si se ha dejado atrás la maleta. Tenía algunos amigos cubanos que habían dejado mucho más y se destripaban con alcoholes rabiosos, pero no se quejaban. De todas maneras, había decidido dejarle la mayor parte de sus pertenencias a Rina Lázara, pero entre las exaltaciones y la novedad de las caricias, y el agotamiento posterior, no había tenido tiempo de decírselo. Prefirió finalmente regresar al otro lado del vaso, su lado, al que pertenecía, y beberse de un tirón el resto del whisky. Sus entrañas y sus pensamientos se lo agradecieron. A fin de cuentas, ya estaba de regreso en un país donde, al menos para ella, las iglesias y los trenes eran como tenían que ser; en cuanto a las parejas y al sexo no estaba tan segura.